

Entrevista

Charla con Carlos García Gual

*Carlos García Gual o el carisma de los textos antiguos**

Entrevista realizada por Ana Iriarte (UPV/EHU)

Nacido en Mallorca —el propio Jardín de las Hespérides, según algunos mitólogos—, Carlos García Gual es miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona¹ y forma parte del comité asesor de varias revistas especializadas, como la de Literatura Comparada (RLC) o el International Journal of the Classical Tradition. Fue Presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (1990-1996) y miembro del Comité directivo de la International Comparative Literature Association (1992-1994).

Su dedicación vocacional al ejercicio minucioso de traducir textos antiguos ha merecido las máximas distinciones nacionales. Por Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia, del Pseudo Calístenes, recibió el Premio Fray Luis de León en 1978. Más recientemente, en el año 2002, su recorrido en este ámbito fue reconocido con el Premio nacional a la obra de un traductor. Y es que las traducciones de CGG, además de numerosas, nos presentan a los clásicos en un ágil castellano, al tiempo elegante y próximo, que las hace gratas y siempre útiles de consultar.

Aunque todas ellas son reseñables, evocaremos, de momento, algunos ejemplos como su Antología de la lírica griega, su Odisea y su, más reciente, Diógenes Laercio², publicadas en Alianza Editorial, los diversos Tratados Hipocráticos que ha venido publicando en Gredos o los Relatos verídicos de Luciano, editados inicialmente por Mondadori. En total ha traducido una veintena de textos clásicos griegos³, a los que hay que añadir algunos medievales franceses y griegos bizantinos.

Auténtico anfitrión de los antiguos en nuestra época, CGG también nos los ha acercado impulsando con firmeza y constancia el desarrollo de la muy exhaustiva Biblioteca Clásica Gredos desde su fundación en 1977. En aquellos años tan delicados para nuestro país en cuanto a



* La presente entrevista fue concebida para animar la sesión del día 20 de junio de 2011 correspondiente a las Jornadas «Lecciones y maestros», organizadas por la Fundación Santillana y la UIMP, en Santillana del Mar. Su publicación, se enmarca dentro del Proyecto de Investigación de la Universidad del País Vasco EHU09/16, dirigido por la Dra. D^a Idoia Mamolar.

¹ Concretamente, fue elegido académico correspondiente en dicha institución el 20 de diciembre de 2001.

² Antología de la lírica griega (en col. con A. Guzmán), Madrid, Alianza, 1980; Homero, Odisea, Madrid, Alianza, 2004. Diógenes Laercio, La secta del perro y Vidas de filósofos cínicos, Madrid, Alianza. Clásicos de Grecia y Roma, 2005.

³ Además de las ya citadas: Apolonio de Rodas, El viaje de los argonautas, Madrid, Editora Nacional 1975; Aristóteles, Polítca, Madrid, Editora Nacional, 1977; Pseudo-Calístenes, Vida de Alejandro, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1977; Eurípides, Fenicias, Orestes, Ifigenia en Aulide, Bacantes, Madrid, BCG, 1979; Esquilo, Prometeo encadenado, Madrid, Hiperión, 1979; Platón, Laques y Protágoras, Madrid, BCG, 1981; Calímaco y Crisóroo, Madrid, Editora Nacional, 1982; Tratados Hipocráticos, I y III, Madrid, BCG, 1986; Platón, Fedón, Madrid, BCG, 1986; Luciano, Relatos verídicos, Barcelona Mondadori, 1991.

la re-definición de su identidad política (en el sentido más amplio del término), CGG supo de la importancia de mantener vivo el referente cultural de los clásicos griegos y latinos, y recordó eficazmente que el castellano no contaba con la colección de los mismos que otras lenguas y países europeos ya habían impulsado en el siglo XIX; el propio catalán, a principios del XX.

Para ésta y otras colecciones ha redactado los Prólogos de múltiples textos clásicos, enriqueciéndolos con selectas precisiones, al tiempo eruditas y reveladoras para su lectura en nuestra época. Asimismo, promovió la presencia del mundo antiguo en nuestra ajetreada actualidad como editor de la revista de Historia. National Geographic (2004-2010) y sigue haciéndolo como asesor en publicaciones de amplia tirada, así como en las editoriales comerciales de mayor prestigio y raigambre de nuestro país. Finalmente, evocaré como prueba de la diversidad de su labor la decisiva crítica literaria que facilita, preferente aunque no únicamente, a través de Claves de razón práctica, El País y Revista de Occidente.

En el ámbito universitario han destacado sus cursos y conferencias sobre las disciplinas vertebrales de los Estudios clásicos (lingüística, filología, filosofía y literatura griegas...), así como sus lecciones sobre mitología griega, tradición clásica y literatura comparada. Además, por la atención que ha prestado al renacimiento de la lírica y la novela en la Europa del siglo XII⁴, CGG también destaca como uno de los escasos filólogos clásicos sensibles a las lenguas vulgares germánicas y románicas.

Los numerosos capítulos con los que ha participado en libros colectivos son útiles puntos de referencia para nuestra cultura universitaria. Y lo mismo ocurre con los muchos artículos que ha publicado en revistas especializadas de literatura y filología clásicas. Hasta el momento, ha firmado como autor una treintena de libros, desde que el CSIC publicara la tesis que, en 1968 (inmune a los cantos de Sirena de aquel momento teórico), había presentado sobre El sistema diatético en el verbo griego⁵, hasta sus recientes Encuentros heroicos⁶.

En cierto sentido, CGG viene asumiendo el compromiso, al tiempo titánico y delicado, de tender el espejo de la antigüedad ante nuestro presente, caótico en tantos aspectos, de tal manera que su obra se integra activamente en el ejercicio que marca la diferencia del moderno helenismo. Me refiero al complejo —casi bipolar— ejercicio de ver en los antiguos griegos al tiempo a Otros y a Nosotros mismos.

En definitiva, presentar esta obra puede suponer (y me supone) un grave cometido, aún habiendo descartado la elaboración de un inventario minucioso de sus publicaciones. Mi tarea se limitará a sobrevolarla transversalmente, insistiendo en algunos de sus hitos, con ánimo de tender hilos conductores que resalten la coherencia de la misma, ante quienes carecemos del talento para la comprensión de los clásicos, que CGG ha demostrado tener, propiciando, a su vez, la comprensión, de los mismos.

De este helenista destacaré, para empezar, el pedagógico carisma de su estilo narrativo, consciente de que aunque el estilo suele asociarse «a una forma ligera o venial, acaba siendo tan decisivo y moral como la sangre. Sin estilo no hay encantamientos»⁷.

En el «Tributo» que, bajo el título de *Tropheía*, Jorge Cano, David Hernández de la Fuente y Óscar Martínez, dedicaron a CGG, su magisterio queda definido como «un esfuerzo perpetuo de acercar el fuego sagrado de lo antiguo a los hombres, a sabiendas de que el único camino para ello es la claridad y un honesto rigor intelectual»⁸. Y mucho de prometeica tiene, en efecto,

⁴ Así, su título *El redescubrimiento de la sensibilidad en el siglo XII*, Madrid, Akal, 1997.

⁵ *El sistema diatético en el verbo griego*, Madrid, CSIC, 1970.

⁶ Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2009.

⁷ Reflexión formulada por Vicente Verdú, *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 9.

⁸ *Tropheía. Tributo a Carlos García Gual*, Madrid, Sietenanos, 2006, p. 9.

la habilidad con la que, por ejemplo, la obra de CGG salva los empobrecedores límites entre géneros literarios: Los siete sabios (y tres más), Figuras helénicas, El zorro y el cuervo, La antigüedad novelada, Historia, novela y tragedia, Encuentros heroicos...⁹ Son títulos que funcionan como auténticos hilos de Ariadna asociando imágenes históricas y literarias de inesperada relación por la distancia cronológica que las separa, para luego actualizarlas dotándolas, finalmente, de nuevos significados.

Entre estos «medios virtuales de transporte cultural» que CGG diseña con destreza, haremos constar la contagiosa atracción que sobre él ejerce la novela. Prueba primera de ello fue el título *Los orígenes de la novela, de 1972*¹⁰. Desde estos primeros años '70, ha venido rastreando con inigualable constancia, tanto la evolución del género, como la herencia de los antiguos deviniendo así el guía sin igual en los artificiosos itinerarios de la novela histórica que todos conocemos.

De esta labor mentora subrayaré, ante todo, su insistencia en que «cualquier perspectiva sería sobre el género novelesco debe partir de los textos griegos y romanos y subrayar sus reflejos en la literatura posterior». Afirmación ésta que, lejos de dejar en el aire, aplica en análisis detallados de los motivos clásicos que han pervivido de forma recurrente hasta nuestra época, sin eludir el paso por el Siglo de Oro¹¹.

La apuesta de CGG por el comparatismo se evidencia en los títulos más representativos de su obra, convencido (y convenciéndonos) de que sólo aprendemos mediante la comparación. Así, el *Prometeo de Hesíodo* se confronta con el trágico sin dejar de lado mitos prometeicos modernos, como el relatado por Kafka¹². Y escuchamos los «Ecos novelescos de la Odisea en la literatura española»¹³. O se nos revela «El héroe de la búsqueda del Grial como antípodo del protagonista novelesco»¹⁴.

La curiosidad sagaz de CGG se agradece tanto más cuanto que contrasta con la especialización extrema reinante hoy en día, también en los medios intelectuales. Curiosidad insaciable por la literatura que no sólo se nutre de los textos que nos acercan la antigüedad, o mediante los que nos acercamos a la antigüedad: la primera vez que escuché la voz mediática de CGG, hablaba con soltura y pasión de 1984, la novela de Orwell. Emitía Radio 3, tribuna privilegiada en los primeros '80, del pensamiento y los acentos musicales posmodernos.

En aquella España de hiperclásico diseño, CGG prestó su afinado sentido del ritmo a los líricos griegos. Y se re-creó la kháris del poeta Alceo cantando entre compañeros de batallas y festejos:

«Bebamos. ¿A qué aguardar las candelas? Hay un dedo de día.
Descuelga y trae las grandes copas pintadas, en seguida.
Porque el vino lo dio a los humanos el hijo de Sémele y Zeus
para olvido de penas. Escancia mezclando uno y dos cazos,

⁹ *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, Alianza, 1989; *Figuras helénicas y géneros literarios*, Madrid, Mondadori, 1992; *El zorro y el cuervo*, Madrid, Alianza, 1995; *La antigüedad novelada*, Barcelona, Anagrama, 1995; *Historia, novela y tragedia*, Madrid, Alianza, 2006.

¹⁰ Véanse también, además de varios artículos sobre el tema, *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona, Península, 2002 y *Las primeras novelas. Desde las griegas y latinas hasta la Edad Media*, Gredos, 2008.

¹¹ «Sobre las novelas antiguas y las de nuestro Siglo de oro», *Edad de oro*, 24, 2005, pp. 93-106.

¹² *Prometeo: mito y tragedia*, Madrid, Hiperión, 1979 y *Prometeo: mito y literatura*, Madrid, FCE, 2009.

¹³ M. Valverde Sánchez y otros (coords.), *Koinòs lógos: homenaje al profesor José García López*, I, Madrid, 2006, pp. 275-284.

¹⁴ *Epos. Revista de filología*, 2, 1986, pp. 103-114. Sobre esta época, García Gual reflexiona sobre todo en *Lecturas y fantasías medievales*, Madrid, Mondadori, 1992 y en *El redescubrimiento de la sensibilidad en el siglo XII*, Madrid, Akal, 1997.

y llena los vasos hasta el borde, y que una copa empuje a la otra...»¹⁵.

Así volvía a cantar Alceo en voz de CGG, Y en dicha voz simpatizamos también con el escepticismo de Arquíloco de Paros, soldado y poeta al que poco importaba el heroísmo bélico, como declara en sus conocidos versos:

«Algún Sayo alardea con mi escudo, arma sin tacha,
que tras un matorral abandoné...»¹⁶.

Entre las traducciones que venimos celebrando, son también muy manejadas las que CGG dedicó a los dos filósofos griegos por excelencia. Me refiero, concretamente, a algunos diálogos de Platón (como Fedón, Gorgias o Protágoras) y a la Política de Aristóteles, dispuesta en 1977, para la interesantísima Editora Nacional de la época. De hecho, varias son las publicaciones en las que nuestro pensador se expresa al hilo de las propuestas de estos referentes de la Filosofía occidental. Así, el capítulo que aporta al primer tomo de la Historia de la teoría política, editado por Vallespín¹⁷, finaliza con el reconocimiento del compromiso político manifestado por Aristóteles al defender una «democracia moderada» como la garantía más segura de un orden estable para la pólis. Éste es uno de los textos en los que CGG demuestra más abiertamente su simpatía por el pensamiento que no pierde de vista la praxis que sustenta la vida cotidiana, la filosofía entendida como forma de pensamiento y de vida. En este sentido, es revelador que dedique su libro sobre Epicuro «A quienes no se dejan confundir por expresiones vanas, sino que miran sencillamente hacia los hechos reales».

Manteniéndose a cierta distancia de la vertiente metafísica de los grandes pensadores griegos —con los que, por otra parte, tan bien sintoniza—, la obra de CGG osa, a menudo, distinguir a maestros tradicionalmente relegados por la exégesis más prestigiada al rango de, digamos, «anti-héroes del pensamiento». Faiblesse —diríase— por una cierta acracia docta, por teóricos materialistas, individualistas e irreverentes para con la comunidad política y los dioses cívicos como Epicuro¹⁸, el cínico Diógenes¹⁹, tan insolente con las convenciones sociales, o Crates de Tebas, diseñador de la utopía de un mundo sin guerras ni honores.

Brillante y ágil, la prosa sin tacha que nos presenta a estos controvertidos pensadores discurre, a su vez, a contracorriente. Seguro de su tékhne, con la confianza del especialista que domina sus herramientas de trabajo —empezando por el griego y el latín—, CGG avanza a contracorriente mostrando, por poner otro ejemplo, su debilidad por la biografía en tiempos universitarios muy centrados en el sujeto histórico colectivo. Y se consagra al estudio de vidas de celebridades. Vidas que son al tiempo ejemplares y, en su desmesura, «contra-ejemplares». En primer término, destaca la de Alejandro Magno²⁰, pero también las de los componentes de La secta del perro, las de unas pocas mujeres audaces de la antigüedad...²¹ O, en contexto medieval, la Historia del Rey Arturo²².

Así, la obra que ahora presento está sembrada de resonantes nombres propios, entre los que destacan algunos de dioses y héroes²³. Mitólogo siempre inspirado, CGG invita en muchí-

¹⁵ Alceo, fr. 20 (96 D).

¹⁶ Arquíloco, fr. 3 (6 D).

¹⁷ F. Vallespín (ed.), Madrid, Alianza, 1990.

¹⁸ C. García Gual y E. Acosta, Barcelona, Epicuro, Ética. La génesis de una moral utilitaria. Barcelona, Barral, 1974. C. García Gual, Epicuro, Alianza, 1981; C. García Gual, Epicuro. Sobre el placer y la felicidad, Círculo de lectores, 2001. Véase también, La filosofía helenística: éticas y sistemas, Madrid, Círculo, 1986.

¹⁹ C. García Gual, «Los cínicos griegos como preludeo anarquista», El País, 30 de octubre de 2010.

²⁰ «De la biografía y de Alejandro», Revista de Occidente, 74-75, 1987, pp. 19-33.

²¹ La secta del perro, Madrid, Alianza, 1987; Audacias femeninas, Madrid, Nerea, 1991.

²² Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda, Madrid, Alianza, 1983.

²³ Ver en primera instancia su Diccionario de mitos, Barcelona, Planeta, 1997.

simos y rigurosos trabajos a frecuentar «ese mundo dramático y memorable» que (en sus propios términos²⁴) es el de los antiguos mitos griegos. Pero, a lo largo de su amplia obra, dos figuras de dicho universo destacan una y otra vez en lugares privilegiados: Odiseo y Prometeo²⁵, los «astutos por excelencia», las dos principales encarnaciones de un tipo de saber práctico, la metis, que los griegos admiraron por encima de otros ideales de inteligencia, hasta convertirla en una de las categorías esenciales de su cultura²⁶.

Como si fuera regida por el arte de estos dos diestros de la mitología griega, la obra insu-misa de CGG se metamorfosea. Mutando entre historia y literatura, mito y utopía, dicha obra sabe también detenerse en la magia de la ciencia-ficción con títulos como *Viajes a la luna*.

Con la intuición un tanto provocativa de los creadores de tendencia, CGG se adelanta a sus iguales (a sus pares), dedicando cierta atención al estructuralismo en tiempos de materialismo histórico²⁷, o señalando, en tiempos de deconstrucción, espacios de lucidez habilitados por simbolistas modernos en la línea de Blumenberg²⁸, para quien el mito sería elaborado por el hombre como una especie de ansiolítico frente al «absolutismo de la realidad» que lo atormenta. O, más cercano a nuestro entorno, en la línea de Lluís Duch, abogado de un espacio autónomo para los universos míticos en la medida en que expresarían una dimensión de la realidad humana «ajena al lenguaje de la mera racionalización»²⁹.

En este sentido, entendemos que CGG llegue a proponer el acercamiento a los clásicos como legítima vía de escape de la pragmática actualidad, como huida de un presente a veces imposible para nuestros jóvenes³⁰. Pero, como indicando que el tipo de escapada elegido es el que suscita el verdadero encuentro con uno mismo, la erudición desplegada por CGG, nos recuerda cómo el imaginario occidental ha recurrido y sigue recurriendo al espejo de los textos antiguos para admirar, para repensar, sus más diversos momentos históricos. De tal manera que la labor de este helenista puede percibirse como viva expresión de lo mucho que «la relación con lo antiguo ha contribuido a forjar nuestra modernidad, a determinar nuestras representaciones del mundo, a formar —para lo bueno y para lo malo— nuestra identidad cultural europea»³¹.

Persuadido de la utilidad de los clásicos³², CGG recuerda una y otra vez hasta qué punto amplían nuestro conocimiento «esos textos que siempre dicen algo nuevo y a los que siempre les queda algo por decir»; de qué manera, dichos textos son capaces de iluminar —en términos de Mario Vegetti— «dos grandes conflictos del hombre, sus dolores y esperanzas»; cómo, en definitiva, los clásicos enriquecen nuestro presente.

²⁴ Introducción a la mitología griega, Madrid, Alianza, 2006, p. 10.

²⁵ Véase, por ejemplo, los citados Prometeo: mito y tragedia o Encuentros heroicos.

²⁶ «Perfiles de la astucia: la metis como categoría cultural», *Revista de Occidente*, 79, 1987, pp. 92-94.

²⁷ Me refiero aquí al interés mostrado por García Gual hacia los planteamientos de Lévi-Strauss, por ejemplo, en la introducción de su primer ensayo sobre mitología griega, *Prometeo: mito y tragedia*, op. cit., p. 12. Cf. las páginas dedicadas al estructuralismo y al helenismo estructuralista en *La mitología*, Barcelona, Montesinos, 1987, y en las dos versiones de *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza, 2006 y 2010.

²⁸ C. García Gual, «Hens Blumenberg», *Claves*, 64 (1996), pp. 78-80. Cf. E. Lynch, «Un mundo lleno de dioses», *El País*, 31 de mayo de 2003.

²⁹ L. Duch, *Mito, interpretación y cultura*, Barcelona, Herder, 1995, por ejemplo, pp. 77-78. C. García Gual, «La condición ambigua», *El País*, 30 de abril de 2011.

³⁰ «Sobre los lectores y las novelas de aventura», *BILE*, 59-60, 2005, pp. 81-100. Cf. *El País*, 3 de julio de 2003.

³¹ M. Vegetti, «Classico o antico?», en I. Dionigi (ed.), *Di fronte ai classici*, Milán, BURsaggi, 2002, p. 269.

³² «Leer a los clásicos», *Educación y biblioteca*, 96, 1998, pp. 61-66; «El debate de las humanidades», *Claves de razón práctica*, 82, 1998, pp. 24-30; «Leer a los clásicos y elegirlos», *Claves de razón práctica*, 31, 1993, pp. 60-63; «Sobre la degradación de la educación universitaria», *Claves de razón práctica*, 2, 1990, pp. 52-56; «Cultura clásica y mundo actual», L.A. Ribot García y otros (coords.), *Año mil, año dos mil: dos milenios en la Historia de España*, 2, 2001, pp. 253-268.

Múltiples son, en efecto, los ensayos, artículos y entrevistas que nuestro docto mitólogo ha contrapuesto, como eficaces antidotos, a la idea de prescindir del re-conocimiento a los clásicos. Idea cada vez más consolidada entre los nuevos políticos y entre los nuevos sabios (identificados, más bien, como científicos) a la que la obra que acabo de presentar opone la más eficaz de las resistencias³³. Pues, con su elevada proyección social y amplitud de miras, dicha obra ofrece a los clásicos una enérgica visibilidad, demuestra, en definitiva, hasta qué punto las lecciones de un helenista pueden estar de actualidad en pleno siglo XXI.

Ha llegado el momento de que nuestro mitólogo vuelva a recordárnoslo con sus propias palabras.

* * *

Ana Iriarte.- *Empecemos, si le parece, por evocar cuestiones básicas de «identidad cultural». Es usted mallorquín.*

Carlos García Gual.- Nací y he pasado muchos años de niñez y adolescencia en Palma. Me considero mediterráneo, y siento como familiares los paisajes de la isla, el horizonte marino, los árboles clásicos (pino, higuera, ciprés...), la catedral sobre la bahía. También el pan con tomate, la sobrasada y las ensaimadas. De la isla guardo el afecto a las cosas sencillas, y una nostalgia a lo lejano. Aunque mi abuelo y su familia eran mallorquines, tanto él como el resto de la familia hablaban castellano.

AI.- *¿Qué mitos asocia usted con Mallorca, con su infancia, los bíblicos o los del propio mundo homérico?*

CGG.- Ninguno de los dos. No me decidí por lo griego hasta más tarde. En casa de mi abuelo pasaba largos ratos entregado a la lectura, pero más bien a libros de aventuras, leí a Julio Verne, a Conan Doyle, las novelas de Sherlock Holmes...

AI.- *Sí, me refería más bien a los grandes sistemas míticos. ¿Acaso la Biblia no estaba presente en aquel entorno?*

CGG.- Pues no especialmente. Asistía a misa con mi abuelo, pero la idea que me ha quedado de aquellos domingos es que lo que a él le gustaba era ir a la Catedral, aquella liturgia... Yo seguía el ritual, me levantaba cuando veía que se levantaban y me arrodillaba cuando se arrodillaban, ajeno en gran medida a la narración que se desarrollaba.

AI.- *Ese no solía ser el caso en la España de mediados del siglo pasado, claramente identificada con los mitos del pueblo del Israel. Además de escucharse y leerse como parte del rito católico, deleitaban en las publicaciones más diversas y en el cine. Como helenista reconozco que he agradecido mucho disponer del referente cultural hebreo, haber conocido —a diferencia de nuestros jóvenes— un universo mítico como estructura viva, determinante en la vida social. Me ha resultado esencial, por ejemplo, a la hora de impartir asignaturas como Introducción a la mitología antigua.*

CGG.- No, no es mi caso. Mi abuelo asistía a misa pero no rezaba. Íbamos a misa como quien iba a una función teatral. Aunque tuve la habitual formación religiosa en la escuela, en mi casa no había una religiosidad notable, sino que se cumplían las devociones usuales y los ritos del culto de manera rutinaria.

AI.- *Podría decirse que su abuelo era practicante al modo del antiguo ciudadano griego, atento, en primera instancia, al valor ritual y socializador de la religión. ¿Y cuándo descubrió a Homero?*

CGG.- Lo leí en la adolescencia, sí. Pero lo que recuerdo como verdadero impacto en el bachillerato superior es el encuentro con el griego como lengua. Tenía un buen profesor y la verdad es que me iba muy bien. Ese descubrimiento viene asociado a los autores griegos. En aquel momento leía la Iliada en una famosa traducción que hizo Gómez de la Mata, pero era una traducción que venía de la de Leconte de Lisle. Sólo más tarde identifiqué a lo que en ella se llamaba los «acaianos», que son los aqueos, claro, del francés «des Achéens». La traducción se ha reeditado hace poco.

³³ Al respecto, véase también, Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas, Barcelona, Península, 1999.

AI.- *Sí, con Prólogo de Domingo Plácido, muy interesante para la perspectiva histórica que enmarca la creación de los poemas homéricos.*

CGG.- Aquella edición en castellano tenía también esos dibujos tipo Flaxman... Supongo que siguen apareciendo en la reedición.

AI.- *La Red, concretamente en Wikipedia, le presenta como «escritor, filólogo, crítico y traductor español». ¿Se identifica con el orden de esta enumeración o se siente, ante todo, filólogo?*

CGG.- Soy ante todo lector, y luego filólogo, pero en un sentido amplio, ligado a mi tarea de profesor de griego (durante más de cuarenta y cinco años). En el viejo sentido de que filólogos es el que tiene «amor a la palabra y la razón» (en oposición a misólogos). Como escritor soy traductor y crítico; y gran parte de lo que he escrito encaja en estos dos apartados. Creo que el traductor y el crítico deben ser no sólo expertos en lo tratado, sino de estilo claro y actual. Aprecio la erudición, pero la considero un añadido secundario y al servicio siempre de la exposición y la hermenéutica.

AI.- *Se doctoró en el año 1968 con una tesis sobre El sistema Diatélico en el verbo griego³⁴. ¿Cómo recuerda ahora la Madrid de su época de doctorando?*

CGG.- La facultad en que estudié y me doctoré tenía un ambiente mucho más vivo que la actual, con más inquietud intelectual y política. El tardofranquismo fue, al menos visto a distancia, una época con expectativas e ilusiones muy interesantes, aunque había menos medios para investigar y la gente universitaria viajaba mucho menos que ahora. Debo decir que en aquellos años en Clásicas se enseñaba más lingüística que literatura, historia o filosofía.

AI.- *¿Cómo es que se decidió por Apolonio de Rodas a la hora de realizar su primera traducción?*

CGG.- Porque era un autor excluido, un autor que no se estudiaba en la Madrid de los primeros años 70. En aquella época la carrera de Filología griega daba mucha importancia a la lingüística y sólo a los autores más clásicos. Es decir, que yo fui el primero que tradujo Apolonio de Rodas y también a algunos filó-

sofos como Epicuro, que no se estudiaban... Mucha lingüística y los clásicos se acababan en Eurípides. Platón apenas se estudiaba.

AI.- *También en el inicio de la década de los '70, prepara la edición de la Política de Aristóteles, junto con Aurelio Pérez Jiménez.*

CGG.- Sí, las traducciones existentes no eran demasiado buenas. La preparamos para Editora Nacional, al igual que había hecho con Apolonio. Es una traducción con muy pocas notas que se ha reeditado con notas en Tecnos. Era una época en la que no había grandes editoriales que publicaran clásicos. La Editora Nacional se anticipó y sólo años más tarde empezaron los clásicos de bolsillo. Creo que en Alianza Editorial los primeros clásicos que se publicaron fueron los míos. Primero los líricos, después Epicuro..., luego ya vienen muchos otros. Como digo, trabajamos en Aristóteles para Editora Nacional porque en aquella época ninguna otra editorial se lanzaba a publicar clásicos, no sólo griegos sino cualquier clásico. Vendía muchísimo y no sólo a alumnos de bachillerato y estudiantes en general. Tuvo mucho éxito en el mercado del momento, aunque luego se hundió porque protestaron los editores, precisamente contra la colección ésta de clásicos que era la única rentable.

AI.- *El libro Figuras belénicas y géneros literarios se lo dedica a José Lasso de la Vega y a Luis Gil ¿Fueron sus primeros guías para la Grecia antigua?*

CGG.- Dedicué ese libro a Lasso y a Gil, pero ya antes había dedicado otros a Rodríguez Adrados y Fernández-Galiano. Los cuatro fueron mis profesores de griego en la Facultad y aprendí y tuve gran afecto a los cuatro; aunque luego hice la Tesis doctoral con Adrados, que estaba en la avanzada de la lingüística estructural, que se llevaba por entonces. Poco después esos profesores se distanciaron, pero yo mantuve siempre muy buenas relaciones con todos.

AI.- *Luego no tuvo un Maestro.*

CGG.- Tuve los maestros que he señalado y aprendí algo de todos. Aunque siempre, en ideas y planteamientos, me considero más

³⁴ Madrid, CSIC, 1970.

deudor de F.R. Adrados, que dirigió mi Tesis Doctoral y con el que mantengo larga amistad. Es un helenista excepcional por la extraordinaria amplitud de sus trabajos y sus campos de estudio, desde lo lingüístico a lo filológico. Su obra marca una época brillante en nuestros estudios. J.S. Lasso de la Vega y M. Fernández Galiano eran sobre todo filólogos, en una línea tradicional, de enorme calidad personal y profesoral, y su ausencia ha dejado un vacío notable. L. Gil sigue siendo un excelente y fino maestro y un insuperable traductor en activo, como muestra su reciente versión de Aristófanes.

AI.- *El conocimiento de las corrientes metodológicas para la lectura de los clásicos que usted despliega, por ejemplo, en Introducción a la Mitología griega³⁵, nos incita a preguntarnos quién(es) sería(n), desde su punto de vista y más allá de la especialización filológica en sí, el helenista más deslumbrante del siglo XX?*

CGG.- El siglo XX ha tenido muy grandes helenistas y la filología clásica tuvo gran esplendor en la primera mitad del mismo, especialmente en Alemania (herederos de Wilamowitz y Nietzsche) e Inglaterra (Murray, Bowra, etc.). En la segunda mitad del siglo también los ha habido (y no sólo en esos dos países (Schadewaldt y Lloyd-Jones) sino también en Italia (M. Gigante y B. Gentili) y en Francia (Romilly y Chantraine). Incluso en España esos profesores antes citados elevaron el nivel de la filología griega a la altura normal europea (un gran avance si se compara con la tradición anterior, tan pobre aquí). De todos modos si tengo que citar sólo a un helenista de mirada amplia y gran influencia, me quedaría con J.-P. Vernant. Sí, los análisis propuestos por Vernant sobrepasaron el marco de los especialistas en griego, lo que le permitió tener una mayor influencia, ninguno de los demás son tan conocidos como él del público culto.

AI.- *¿Y Sir Moses I. Finley? Esta víctima del macartismo que, a pesar de sus orígenes americanos, se immortalizó como profesor de Cambridge sí que ha sido regularmente traducido al español. La verdad es que mantuvo una simpática relación con el grupo de Vernant —en especial con Vidal-Naquet—, pero sus premisas teóricas no son estrictamente coincidentes.*

CGG.- Es verdad. He pensado más en filólogos a la hora de contestar y éstos han estado más influenciados por Vernant, en cuanto a Finley es notable en historia antigua, quizás el que más ha marcado la visión de Grecia antigua.

En todo caso yo sigo siendo un lector de los grandes intérpretes del mundo griego. Los maestros que se sabían a Esquilo casi de memoria... Esto ya no se da nunca. Me contaban recientemente que en USA los profesores piden no citar más que artículos de los diez últimos años. Este tipo de artículos no son mis preferidos. Se ve que trabajan en temas muy puntuales. También en Alemania los grandes filólogos se han acabado. Lo dicen ellos mismos. Hay buenos investigadores, pero no grandes helenistas como Werner Jaeger, por citar un sólo ejemplo.

AI.- *Su vasta obra no sólo salva el abismo entre antigüedad y medioevo, podría decirse que es usted un transgresor de fronteras entre géneros literarios. ¿Le incomodaría alinearse su trabajo bajo la etiqueta de antropología cultural de la antigüedad?*

CGG.- La perspectiva global de la antropología cultural —en un sentido muy amplio del término que está ya en Ernst Cassirer, y abarca ante todo la literatura y la sociología de la cultura (Nietzsche y Simmel)— me interesa muy fundamentalmente. Me apunto pues.

AI.- *Sus traducciones de Platón y de Aristóteles son bien conocidas. Pero, a menudo, desviándose de la ruta de los grandes filósofos griegos sus publicaciones distinguen a Epicuro y Diógenes como maestros de pensamiento. ¿Nos equivocaríamos percibiendo en esta elección una cierta faiblesse por la anarquía docta?*

CGG.- Los cínicos me parecen interesantes literariamente, pero no tengo especial simpatía por ellos ni por sus ideales tal y como se reflejan en la moderna anarquía³⁶. Quise, eso sí, hacer justicia a Epicuro, que antes estaba muy mal tratado por influencia de Hegel y los escolásticos. En los últimos lustros, sin embargo, Epicuro se ha reivindicado mucho, y también los cínicos tienen buena prensa. Yo escribí sobre uno y otros antes de que se pu-

³⁵ A cualquiera de las tres versiones de la misma ya citadas.

³⁶ Cf. C. García Gual, «Los cínicos griegos como preludio anarquista», El País, 30 de octubre de 2010.

siera de moda hablar bien de ellos. Epicuro me parece un gran filósofo, pero, desde luego, Platón era un pensador más imaginativo y mucho mejor escritor, y Aristóteles tenía una amplitud de miras y una capacidad de investigación muy superior. He escrito bastante de uno y otro, pero ningún libro (porque hay demasiados).

AI.- *¿Podría darme un ejemplo de epicúreo moderno? Alguien relativamente conocido, claro.*

CGG.- No. Un estricto epicúreo llevaría una vida retirada. Pero, en una buena medida, muchos estudiosos tienen —tenemos— rasgos epicúreos, y hay más epicúreos (moderados) que platónicos o estoicos. La modernidad es epicúrea en muchos aspectos.

AI.- *¿Piensa en algún aspecto en concreto o en la sociedad del bienestar en general?*

CGG.- Pienso, por ejemplo, en el actual desinterés por la política, en esa forma de egoísmo, tan racional, que privilegia ante todo el placer individual... Me resulta más fácil pensar en algún estoico. Pierre Hadot, por ejemplo, cuyas reflexiones sobre Marco Aurelio han dejado una huella tan marcada en Francia.

AI.- *Quizás, en el rechazo a la moderna cristalización de la política podría detectarse una actitud epicúrea...*

CGG.- Preocuparse demasiado por cosas que no sea la propia felicidad no es demasiado epicúreo.

AI.- *Entre las numerosas figuras de la mitología griega, ha atendido con cierta preferencia a Prometeo y a Ulises, «los astutos por excelencia». ¿Es una forma de identificar «la inteligencia práctica» como clave del pensamiento griego?*

CGG.- Sí, como metis. Jean-Pierre Vernant y Marcel Detienne lo subrayaron muy bien en un libro clásico. Yo la había destacado con el ejemplo del zorro, protagonista anti-heróico de varias fábulas esópicas³⁷.

AI.- *¿Qué le condujo a interesarse por este animal de la astucia que para nosotros era el zorro (como para los griegos el pulpo)?*

CGG.- Llegué a él a través del estudio de las fábulas, un libro que tengo a medio hacer.

Se titula El triunfo del zorro. Un triunfo que hay que interpretar en clave metafórica, relacionándolo con la caída de las aristocracias. El triunfo de la nueva clase se expresa mediante la imagen del zorro que ya no se puede dominar por la fuerza. Un tema famoso de las fábulas es el del león que pasa hambre y le dice a la zorra que vaya a su cueva, pero ésta le contesta que ve las huellas de los que entran en ella, pero no las de los que salen. Píndaro evoca también la imagen del león que pasa hambre, la idea de que la época de los leones ha acabado y llega la de los zorros.

AI.- *Sí. Por una parte, la tradición literaria induce a imaginar un modelo cronológico en el que la fuerza sería sustituida por la inteligencia astuta. Pero, por otra, las nociones de «fuerza» y «astucia» parecen funcionar como polaridad permanente... Por no recordar que, históricamente, el triunfo sobre las «leoninas» aristocracias arcaicas lo consiguen las tiranías, basadas, claro está, en la fuerza del ejército.*

CGG.- Eso me hace pensar en la frase de El Príncipe de Maquiavelo que dice algo así como «si no puedes vestir la piel del león, entonces viste la del zorro». Es una idea antigua, la repite Maquiavelo pero está ya en Cicerón. Me gustaría terminar este libro sobre fábulas.

AI.- *«Universidad e intelectuales»: si nos centramos en España, ¿qué le sugiere la asociación?*

CGG.- Es difícil contestar con precisión. En general en la Universidad no hay muchos intelectuales, y el valor intelectual de un profesor es poco apreciado. Los especialistas suelen ser bastante bárbaros (Ortega dixit) y los investigadores, que saben mucho de cosas mínimas, no son intelectuales. Los funcionarios aprecian poco al intelectual, y la deriva burocrática y endogámica de la Universidad no le deja ningún papel en sus casillas.

AI.- *¿Ha mucho ya a Ítaca?*

CGG.- No tengo Ítaca. La casa de mi abuelo en Mallorca ya no existe, ni tampoco la de mi otro abuelo en un pueblo de Castilla. Me he acostumbrado a Madrid, ciudad abierta, algo cosmopolita a pesar de lo castizo. En cuanto a la Ítaca de Ulises, la he visitado y he nadado en sus costas. Y recuerdo su perfil

³⁷ «El prestigio del zorro», Emerita, 2, 1970, pp. 417-431.

montañoso en el horizonte, avistada desde Cefalonia.

AI.- *Podría señalararnos alguna contraposición o/ y alguna coincidencia especialmente sugestiva entre la figura del héroe griego y el medieval. La soledad ante el peligro, por ejemplo, es una constante en el hecho heroico hasta los tiempos modernos. ¿En qué consistiría, desde su punto de vista, la idiosincrasia del héroe medieval con respecto al griego?*

CGG.- En los dos libros que dediqué a la aparición de la novela en el mundo antiguo y en la Edad Media estudié la evolución de los héroes y los contrastes entre el héroe épico y el novelesco. Entre ellos hay una diferencia fundamental, los héroes griegos, en su origen tienen relación con los dioses. Son de familia divina, eso en la edad media no podía darse. El héroe pertenece siempre a la clase noble, aristocrática y refleja el carácter combativo, audaz de esa clase, pero claro, los héroes medievales no descienden de la divinidad.

Por lo demás, no es fácil precisar las diferencias entre los héroes de una y otra época. En uno y otro caso el héroe, solitario y audaz, es un ejemplo para la colectividad, tiene una areté o excelencia singular y va solitario al encuentro de aventuras y monstruos y maravillas. En el fondo es una creación aristocrática; la democracia tiene también sus héroes, pero menos grandes. La tragedia griega muestra que esa grandeza se compra al precio del riesgo y del dolor, y eso es característico del héroe griego y de la mentalidad helena. He destacado cómo en una y otra cultura junto al héroe aparecen algunas, pocas, heroínas, más destacadas desde luego, trágicas e insumisas, en el mundo griego.

AI.- *¿Qué gracia le encuentra a la novela histórica?*

CGG.- He escrito a favor del género de la novela histórica, y he tratado de la historia del mismo (en *La Antigüedad novelada*, sobre las de tema antiguo). La novela histórica tiene mala prensa, atacada por críticos literarios y por historiadores. El mismo A. Manzoni escribió en contra de ella. Creo que a veces eso se debe a un error de perspectiva. A algunos historiadores no les gustan las novelas, ni la ficción literaria en general, y se sienten ofen-

didados por la irrupción del novelista en su terreno. Desde luego la historia sería no la hacen los novelistas; sólo colorean, en los mejores casos, escenas históricas. Para saber historia es mejor no leer novelas, sino crónicas. La crítica literaria tiene mucha razón en un punto: muchas novelas históricas, con afán de ser populares, son malas novelas. Pero eso no es un defecto del género en sí, sino de los escritores de esas ficciones bastardas y dirigidas a un público ingenuo y amante del viaje a un pasado coloreado con decorados históricos. Hay buenas novelas históricas, y buenos autores (Scott, Tolstoi, Galdós...). Ahora hay una excesiva abundancia de ese tipo fácil de ficciones, a veces bestsellers muy tópicos, con temas medievales: templarios, enigmas arqueológicos, profetas y tesoros, etc., signo de una época poco interesada en la historia real, y sí en los parques temáticos con figuras de cartón.